

to adherido al plano inclinado de la escupidera,
—Quítala de aquí, Genaro!—le mandó el pianista que no veía gota. Y como en soliloquio, agregó:—¡Sangre!... entonces si se muere.

Y nó, no se murió, aunque la pulmonía fué de patente. Ora su juventud y su naturaleza de campesina,—que lucharon á brazo partido en unión de drogas y cáusticos,—ora el manifiesto capricho que preside al curso misterioso y al imprevisto desenlace de las enfermedades graves, que se apagan cuando matar debieran y matan cuando debieran apagarse, el hecho es que Santa, á los siete días de haber sido atacada, la dieron de alta, recomendando, si, los mayores cuidados posibles en la convalecencia que comenzaba sobre buen pie. “Una recaída,—pronóstico textual del facultativo liquidado,—sería forzosamente funesta”.

Santa, afortunada, renació á la vida en las mejores condiciones: por segunda vez abandonando el burdel y sus antihigiénicas esclavitudes; ignorante de los riesgos corridos y de las maldades en su contra desencadenadas durante la dolencia; ignorante también de la heroicidad de “El Jarameño”, á quien nunca volvió á ver; convencida de que Rubio, el amante nuevo, la quería de veras y la mimaría á pedir de boca; convirtiéndose de la noche á la mañana, en dueña y señora de una casita suya, con criadas de ella y muebles de ella y todo de ella, en cuenta, unos pájaros que se prometía colgar en los corredores para que con gorjeos alegraran la vivienda y en la moradora evocaran placenteros recuerdos de días desaparecidos y felicidades

difuntas... Hasta la estación resultaba propicia, en pleno verano, mediando el mes de julio con sus lluvias torrenciales que refrescan y limpian; con sus atardeceres deliciosos y sus noches tibias, consteladas, casi pensativas; noches en que puede uno sentarse al aire libre y platicar con las estrellas, y ofrecer la propia enmienda por lo malo que hicimos y que ya no hemos de hacer nunca más... Luego, el interno regocijo que nos inunda por haber escapado de la muerte, y que todo lo poetiza, Santa padecíalo hondamente; quería á sus compañeras, Elvira y Pepa inclusive; interesábala Hipólito; la enternecía Genaro. El roñoso y anémico jardín que medio oculta al burdel, tenía Santa por floresta sin par, y tras de los vidrios de un dormitorio alto, entrapajada y tornando á la salud, hallaba simpática la calle, virtuoso el barrio, la ciudad grandiosa, incomparable la vida.

Fué su despedida placentera, en temprana hora para que el amenazante aguacero la permitiese, antes de desencadenarse, ganar su morada; el burdel tranquilo y silencioso, sin marchantes ni importunos; con un carruaje de bandera azul, blandos muelles y auriga experto que evitara los tumbos. Santa, muy débil, muy flaca, muy pálida; andando poquito á poco del brazo de Hipólito, á quien Rubio,—que no osaba exhibirse de día con su conquista,—comisionó para acompañar á la convaleciente. El mujerío, despeinado, en zapatillas y con batas que se desabotonaban descaradamente, salió hasta el coche á despedir á la libertada. Eufrasia lloraba á moco tendido, y Elvira, entre bromas y veras, vaticinó desgracias:

—Vaya, hija, que sea para bien, pero no te en-
grías ni sueltas á este “primo”. Guarda los *par-*
neses y procura no ponerte fea, no sea que cuan-
do tú necesites volver al burdel, ya ni el burdel
te quiera...

¡Qué esfuerzos tuvo que imponerse Hipólito
para no reventar y narrarle á Santa lo que igno-
raba! Contúvose, sin embargo. Que no supiera lo
malo, y así no se le amargaría su existencia pró-
xima; que no supiese lo bueno, y así acabaría
por ni recordar al torero, quien, al fin y al postre,
si aún no se marchaba para su tierra marcharía-
se en breve, y con los años, la distancia y la au-
sencia, también se le borrarían de la memoria sus
aventureros amoríos con una mexicana. A él, Hi-
pólito, ni lo malo ni lo bueno se le olvidaba: có-
mo con la gravedad de Santa coincidió un ince-
sante telegrafiar de Rubio, desde Puebla, llamán-
dose á burlado por la carencia de respuestas; có-
mo él, por su ceguera maldecida no pudo ente-
rarse ni disculpar á la enferma; cómo Elvira se
permitió violar los telegramas acusadores y vino
en aclarar que la *santita* fraguaba una segunda
escapatoria de sus garras... Feroz, resolvió que
la ingrata—¡qué barbaridad, ingrata!—á donde
se iría desde luego sería al hospital ¿ó se imagi-
naría que por su linda cara la había de mantener
echada en la cama y sin que su cuerpo pagase lo
que comía?... Todos los ruegos se estrellaron
contra esa roca salvaje, que riñó con Pepa, levan-
tó los puños de destripaterrones, cual dispuesta
á golpear con ellos á sus pupilas, y á Hipólito,
por una nada me lo planta de patitas en las cua-
tro esquinas... ¡qué fiera!...

Y aquí entraba lo bueno, personificado en “El
Jarameno”, ni más ni menos, y así á Hipólito le
pesara reconocerlo y confesarlo, que no le pesa-
ba ¡lo justo, justo! Acháquelo usté á que el ma-
tador no se conformaba con no ver á Santa, ó á
que por lo cercano de su partida á España de-
seaba, probablemente, hácer las amistades con
quien había sido su querida, es lo comprobado
que el hombre, sin saber que Santa estuviese
encamada, se apersonó en el “establecimiento”
á la noche siguiente del jurado, diz que á ente-
rarse de si las barbianas gemían en las cárceles
ó andaban sueltas y en campaña; en realidad, en
busca de Santa, por la que ni preguntó, pero
acerca de la que todas las otras suministraronle
pormenorizada información. Santa, gravísima,
con pulmonía, el doctor tenía las dicho que no
aseguraba la cura. “El Jarameno” manifestóse
incrédulo, indiferente en seguida:

—¿Conque si, eh?... pues ya ella se burlará de
la *purmonía* y del doctor y de la marecita del do-
tor... ¿Vais á tomarme *er* pelo?...

No se convenció ni con el dicho de Pepa, ni
con la corroboración de Hipólito que apenas si
tocaba el piano acatando el mandato imperioso
de Elvira, y que para cumplir y ahogar el ruido
de las notas, discurrió meterle al instrumento
una media docena de periódicos á fin de que los
martinetes no golpearan directamente las cuer-
das y el piano produjera un sonido grato y como
distante que sedujo á los parroquianos por su
novedad, y por lo delicado y tenue no molestaba
á la enferma.

“El Jarameno” sólo se convenció al penetrar

en el cuarto que olía á medicinas; al sentir con su tacto que la muchacha se ardia y que no atinó á identificarlo por más que le clavaba sus ojos calenturientos. Obra de una hora permaneció en la alcoba sin fumar ni beber, sentado á los mismos pies de la cama, taciturno y quieto. Con detenimiento informöse de síntomas y detalles, de quién era el facultativo, de si Santa,—y esto lo repitió cuatro ó cinco ocasiones,—carecía de algo... Tornó al otro día, desde temprano, y al otro, y al otro, asistiendo sin estorbar, á curaciones, encajado en los ángulos de la estancia, sentándose luego á los mismos pies de la cama, siempre quieto y taciturno. Estalló al quinto día que la gravedad fué suma y que Elvira determinó el inhumano envío de Santa á un hospital. De la habitación sacó el espada á la dueña, y en el patiecito, delante de sus pupilas, de la “encargada” y de la servidumbre, en ese idioma que hablaba, salpicado de terminajos que serían españoles en España pero que en México ni Hipólito ni nadie los entiendé, la puso de asco, la achiquitó á palabrotas y á berrinche:

—“Tú no eres más que una tía zorra, y una pindonga, y una *charrana* ¿estás?... y á Santa, ninguno la mueve de esa cama, ni el santísimo nuncio, porque al que se atreva, lo abro ¡tal por cual! lo que es á mí no me das *coba*... Y pa lo que sea menester, aquí *tiés* cien duros ¡so esto y so aquello!... Y si más hace falta, más daré ¡ajo!... Y á ella no se le dice quién ha pagado, porque aquí no ha pagado nadie ¡recorcho!... Y que viva con quien quiera, si es que no se muere... y que sea feliz ¡hostial! que no vuelva á ser *germana*...”

Conforme Santa mejoraba “El Jarameño” espació sus visitas, no se le mostró más; inquiría noticias, reiteraba su pregunta de si algo le faltaba, y la víspera de que la dieran de alta, ya ella en sus cabales, él se eclipsó, generosamente.

¡Por bobo iba Hipólito á contar heroicidad semejante! Nones, y para embaucar á su conciencia, por vía de compensación, tampoco contaría las perrerías de Elvira.

Concretöse á hablar de su persona, á exagerar involuntariamente la gravedad del mal y los atrezos suyos:

—¿Ya me ve Ud. sentenciado á no verla jamás?... pues ni se calcula Ud. lo que sufrí creyendo que no volvería á sentirla, á oirla, á verla como la veo, dentro de mí...

Rubio, apostado en la vivienda, salió al encuentro del coche y ayudó á que Santa se apeara, sacándola poco menos que en vilo.

Para recompensar á Hipólito por lo que, seguro, estaria padeciendo, Santa, en la acera, dióle las gracias, hizo que Rubio se las diera también:

—Ya lo sabe Ud., Hipo, puntualito á visitarme, que Rubio lo consiente... y con Genaro, traiga Ud. á Genaro, Hipo...

Igual á esos días que amanecen sin nubes, con luz poderosa y celeste que hasta el espíritu alegra; con un sol que ilumina y hermosea campos, casas y calles, y del más vil guijarro hace un diamante; que en las charcas impuras derrama oro, y en la piedra y el hierro, en lo insensible, parece que infundiera ánima; que purifica y limpia, tornando en blanco lo negro, lo viejo en joven, lo enfermo en sano; que engalana las cam-

panas llenas de herrumbre de los templos centenarios y las fachadas leprosas de las casas vetustas; que á los miserables, á los que tienen frío, á las flores de los jardines públicos y á los niños desnudos de los arrabales pobres caliéntalos amorosamente y les permite olvidar y reír, iguales fueron los albores de la mancebía de Santa y Rubio; un mes escaso, un mes en que gustó de la doble bendición de reír y de olvidar. Olvidó cuanto podía lastimarla,—y cuenta que había bastante,—rió de cuanto podía halagarla,—por suerte había mucho más. Aquello no era convalecencia, con su séquito de residuos, molestias y temores, era renacimiento inefable á una existencia buena, nueva, insoñada. No sólo el cuerpo,—su cuerpo maculado, bellissimo y hecho á los ayuntamientos inmundos de los machos civilizados,—se le aliviaba ganando minuto á minuto lo que la muerte (mientras se lo llevaba íntegro) con la enfermedad llevóse en prendas, nó, también el alma aliviábasele, también ganaba minuto á minuto lo que el vicio (mientras se la cubría íntegra de telarañas espantosas) le había emporcado ya. Aquello era como un estreno de alma y cuerpo, que, fabricados por excelso artífice, sentáranle á maravilla. No advertía arrugas, ni pliegues, ni incomodidades; quedábanle á medida de la necesidad y del deseo.

Es claro que Rubio no la amaba con vehemencia ¿y qué? hallábase él muy lejos de ser un nene y ella aun no se desperdicia del todo. Luego se vería...

Mas ¡ay! que con el segundo mes y con el tercero, lo que se vió descorazonó á Santa. Los al-

bores de su día de sol, de luz poderosa y celeste, se evaporaron, y como los mejores días primaverales, que tormenta sin anuncio truéclos en lluviosos, tristes y lúgubres, y con la lluvia implacable cae sobre los espíritus la desesperanza y sobre campos y ciudades fúnebre cortina transparente que lo opaca todo, que cierra horizontes y aprisiona anhelos, así, con un soplo, viniéronse abajo los aereos castillos edificados por Santa. Además de que Rubio no la quería, la despreciaba; y á cada paso de la prostituta hacia la quimérica é inasible Tierra de Promisión,—á cuyas lindes creía ir llegando,—cada vez que las alas entumecidas y torpes de su alma convaleciente pero en vía de alivio, intentaban volar á la altura, Rubio encargábase de desengañarla en términos rudos, con saña de amante:

—“Las meretrices no arriban á las tierras de promisión ¡no faltaria más! las almas de las mujeres perdidas no vuelan porque no poseen alas, son almas ápteras...”

Efectuábase en Rubio un fenómeno común y explicable, por mucho que Santa no se lo explicase: víctima de la amargura con que lo obsequiaba su hogar tambaleante, supuso que una querida de los puntos de Santa mitigaría su duelo y le proporcionaría los dulces goces á que se consideraba acreedor. En lugar de pretender una compostura en su matrimonio,—tan mal avenido como la inmensa mayoría de los matrimonios,—gracias á la moral acomodaticia con que nos juzgamos y absolvemos de todos nuestros actos reprobables, echólo á un lado y él se encaminó, cual persona con enfermo en casa y que maqui-

nalmente se dirige á una farmacia en solicitud de un remedio de paga, al burdel, por principio, al amancebamiento después; convencido de que ahí guardábase el medicamento fácil de ingerir, por otra parte, y sabrosísimo al paladar. Y en tanto se familiarizaba con la idea de que Santa únicamente á él pertenecía; en tanto apresurábase á raspar con sus besos los vestigios indelebles de los miles y miles que á modo de pedrizca habian flagelado sin agostarla la planta deliciosa de su cuerpo trigueño, voluptuoso y duro, el amasiato fué llevadero, hasta con cierto picor que en más apetitoso convertialo, de besos de otros, de muchos, de caricias ajenas que persistían y le daban á la carne comprada y dócil perfecta semejanza con esas monedas que han rodado por mercados y ferias y lucen la huella del sinnúmero de dedos toscos que las oprimieron y para siempre opacaron su brillo original y su limpidez pristina. Pero se percató pronto de que los remedios que vende el burdel son ineficaces, y de que á Santa ni con labios de bronce que en toda una vida se cansaran le rasparía las entalladuras acumuladas y hondas de las ajenas caricias y de los besos de otros. Los horrendos celos retrospectivos, unidos á la perenne y humana presunción de que nosotros nada más seamos los preferidos y los primeros, desoldó el quebradizo vínculo que los engañaba y los mecía juntos. Exasperado Rubio con su esposa, acababa de exasperarse con su manceba; iba de la una á la otra con la certeza de que ya habrían cambiado y alguna de las dos satisfaría lo que él venía persiguiendo; y frente al doble desengaño, enfurecía.

se; con distintos modales y lenguaje distinto increpaba á las dos, sin hallar consuelo. Un descubrimiento empeoró la situación: sus modales y su lenguaje para con ellas eran distintos, aún se decía á sí mismo que respetaba á su esposa, que carnalmente tan sólo estimaba á su manceba, que nutria dos afectos diversos y compatibles,—la hipócrita y falsa moral burguesa practicada por Rubio desde niño,—y ellas, en cambio, cual si se conociesen y aconsejasen, cual si estuviesen elaboradas de una propia masa para afrontar sus respectivos conflictos sentimentales, aunque las separaban millones de leguas ¡alabastro la una, lodo la otra! tenían, sin embargo, criterios análogos, análogos mutismos, pasividades y respuestas; recibíanlo casi igual, casi igual lo despedían... Y una verdad leída no sabia dónde, impúsosele á Rubio, un concepto descarnado con el que colmaba la ofensa inferida á la esposa con el vulgar adulterio:

—“... entre las mujeres no existen categorías morales, no existen sino categorías sociales. Todas son mujeres!...”

Luego, que las entrañas del amor las informa el odio; principia en el deseo y no concluye en el espasmo sino en el asco, no asco instantáneo que á las veces tradúcese en la tortura de palabra y aun en la de obra, y á las veces, domeñado por la autosugestión se traduce en reposo y mutismo, en una nueva embestida que no intentamos por volver á poseer á la persona amada sino para convencernos de que de veras amamos. La voluptuosidad confina con el cansancio y el hastío, y el acto carnal con el crimen—aunque la

mayoría, por fortuna, no perpetre éste último; pero, sin excepción, no hay hombre, por enamorado que esté, que no sufra de instantes de repugnancia hacia el espíritu que venera y la carne que adora. Esto, no obstante, son pocos, poquísimo los que, lo mismo que los grandes carnívoros en el cubil y en la gruta,—nidos de los amores libres,—en el museo y en el jardín zoológico,—nidos de sus amores conyugales,—no defiendan hasta el homicidio la carne yacente á sus piés y destrozada con sus zarpas, de que ya comieron y de que ya están hartos.

Por todos estos estados psíquicos, agravados con que, en el fondo, nunca había amado á Santa, atravesó Rubio; y las ternezas de los comienzos, las confidencias iniciales abochornábanlo ahora. De verse tan degradado, de verse delincuente, esmerábase en denigrar á Santa, en disminuir su propia degradación y delincuencia maltratando y envileciendo á la confidente. Porque se lo había dicho todo, según es de rigor en cualquiera junta sexual, á la que se recetan una fidelidad ideal, un interés noble y sin límites, una duración perpétua. Vacío en su querida las hieles que su esposa le vertía, las arideces de los cónyuges que no se compenetran, las melancolias letales é incoloras en que se consumen los matrimonios desavenidos. Y cuando su querida le resultó mujer asimismo, se amedrentó, dióse á vilipendiarla, á insultarla, no porque ella era lo que era, sino por haber sido él ligero, indiscreto, débil:

—No te envanezcas por los secretos que te he confiado, porque te he dicho lo que á nadie de-

be decirse; no creas que armada de ellos podrias causarme daño... tú no eres peligrosa... ¿quién ha de hacerte caso siendo una...?

La palabra horrible, la afrenta, revoloteaba por los aires. En los muebles, en las paredes, en las lámparas. en la comida, en todas partes Santa veíala escrita y sin tartamudeos la leía: la maldición, las cuatro letras implacables...

Santa llegó á despreciar á Rubio,—y quizá hubiese podido amarlo si él explota las simpatías de ayer! No lo plantaba en seguida con sus pesos y su ordinariez, porque resistíasele regresar á la casa de Elvira donde ya no la tragaban, ó á otra gemela ó inferior, donde sólo su fama de reina conociesen y del reinado se desquitaran tenniéndola á su merced.

Impedimento de marca mayor por igual estorbábasele: Santa sentíase atacada de insidioso mal venido á luz con la pulmonía. Síntomas alarmantes y raros, unas hemorragias atroces, escoltadas de pesantez en el abdomen, dolorosa irradiación en los riñones y en los muslos, en el perineo y en las ingles...

—¿Qué será, Hipo?—preguntaba al músico, en absoluto desconocimiento de las infelicidades de Santa á pesar de que menudeaba sus visitas, asociado á Genaro.—No he de consultar médico, porque Rubio se creería cosas que no son, y no quiero volver con Elvira.

Hipólito no la sacaba de dudas; prometía yerbas milagrosas, drogas empíricas, del vulgo.

Entonces Santa, á la que prescribieron para su convalecencia un uso morigerado de alcohol, fué gradualmente aumentando las dosis: toda la

gama; desde el cognac fino hasta el aguardiente que abrasa y corroe. Contrajo el alcoholismo, tiróse á él, más bien dicho, como al único Leteo adecuado á sus alcances y á su desgracia.

Y por arraigado hábito,—¿quién reprocha al licenciado de presidio que arrastre el pie con que por años y años tiró de los férreos eslabones y de la monstruosa bala de cañón?—por alcohólica, por enferma y por desgraciada engañó á Rubio con frenesi positivo, sin parar, donde se podía, en la calle, en el baño, en los carruajes de punto, en la mismísima vivienda. Y antes y después del engaño reincidente, bebía, bebía... en ocasiones, se quejaba, reapareciéndole los dolores alarmantes y raros...

Cuando al fin Rubio se enteró, al cabo de varios perdones, y participaciones en excesos alcohólicos; cuando la expulsó despiadada y brutalmente, Santa estaba borracha. Al cochero, que le propuso al reconocerla, llevarla á casa de Elvira, le contestó riendo y tambaleando:

—Nó, allí nó... llévame á otra, hombre, de tantísimas que hay, pero que sea de á ocho pesos siquiera... ¡todavía los valgo!

IV

IGUAL á lo que se pudre ó apolilla y que, á un momento dado, nadie puede impedirlo ni nada, evitarlo, así fué el descenso de Santa: rápido, devastador, tremendo.

Los sombríos círculos de la prostitución barata los recorrió todos, apenas posando en ellos lo bastante para gustar su amargura infinita y nó lo suficiente para á lo menos tomar resuello y con alientos mayores, después de un poco de relativo reposo, continuar descendiendo como descendía, á tropicónes, con dramático paso, cayendo y levantando, enferma, alcohólica, lamentable! Diríase, al verla, que ahora caminaba á tientas, encogida y medrosa, como caminamos en las tinieblas, ignorando dónde pararía, procurando lastimarse lo menos posible ya que sin lastimamientos no caminaba; resignada corporalmente ¡sólo corporalmente! pues para sus adentros, quién sabe qué maldiciones mascullaba entre los hipoes de sus ebriedades pertinaces y entre sus labios trémulos, que hablaban solos cuando el alcohol concedíala cortos descansos y ella recordaba tiempos mejores, días que fueron, horas que habían sido...!

Desde la noche en que Rubio la repudiara in-